

1

Rutinas



Hacía ya algunos minutos que Ostras estaba contemplando fijamente a Topper. Y Topper se sentía turbado. No turbado de un modo claro, sino vagamente turbado, lo que para muchas personas es la forma más turbadora de la turbación. Topper era una de ellas. Puede decirse que era un genuino representante de esa especie. Los días de Topper habían transcurrido tan exentos de inquietudes que, poco a poco, había llegado a mirar de reajo y con sospecha a toda criatura que no estuviese, como él, libre de agobios. Un terremoto, una inundación o una erupción volcánica, llegaban a conmover débilmente a Cosmo Topper hasta inducirle a un donativo de un dólar, que más tarde sería deducido del pago de sus impuestos, mientras que un suelto periodístico referente a quiebras, crímenes violentos o inmoralidades, lo inclinaba a desviar rápidamente su vista hacia tópicos menos molestos. Topper podía excusar a la naturaleza y al Partido Republicano, pero no al hombre. Era un ejemplar animal de estado, pero no morbosos. Aparentemente, por lo menos. Había sabido inhibirse tan bien y con tanto éxito, que resultaba la persona más libre de preocupaciones del mundo. Topper no podía ser inquietado. Su proceso mental discurría a salvo, suavemente y sobre

las huellas bien señaladas de su cauce; y sus actividades físicas, tal como las ejercitaba, obedecían indudablemente a una rígida regla de domesticidad urbana. Le molestaba sentirse inquieto. Por lo menos, así lo creía él. Y esa era la causa del mal humor de Topper, aunque en aquel momento no pudiera darse cuenta.

Sentía ahora algo así como el resentimiento que experimentaba cuando el metro se detenía de vuelta de la ciudad. Ocurrían cosas a su alrededor, horribles tal vez, en el túnel, pero no sabía cuáles eran. Se hallaba sentado bajo un chorro de luz en el centro de las rumorosas tinieblas. Rodeado ya de sus objetos familiares, se sentía incómodo y cohibido. Hasta el periódico perdía su habitual estabilidad. Sí, ciertamente Topper experimentaba aquella noche un sentimiento reprehensible mientras se entregaba al solícito abrazo de su butacón y examinaba en detalle, con mirada apagada, el interminable dibujo del borde de la alfombra, un motivo dórico, neta y geoméricamente correcto. Hubo un tiempo en que este dibujo había llamado la atención de su innato sentido del orden. Aquella noche a duras penas lo veía, aunque de manera inconsciente le había daño a la vista, como le venía ocurriendo desde hacía unos meses.

En la mirada de Ostras había una expresión difícil de interpretar. Topper opinaba que esa expresión era incómodamente insinuante, convirtiéndole, de forma disimulada, en posible inductor de una trastada. Pero ¡inarices!, ¿cuál era el significado de la mirada de Ostras? La gata había comido. Él mismo se había ocupado de que se le sirviera la comida, como había venido haciéndolo desde el día en que temerariamente la había introducido en su casa sacándola de la de Wilson, el droguero, una tarde de hacía cuatro años. ¡Cuatro años! ¡Tanto tiempo en su casa, y tan novedoso como había parecido todo aquello, entonces! Ahora era una casa vieja, una casa sin ningún interés. ¡Quizás fuera él también viejo e igualmente poco interesante! Topper comprendió que

así era, y por primera vez en su vida se permitió reflexionar sobre estas cosas.

Su libertinaje intelectual fue rudamente interrumpido por Ostras. La gata bostezó y, como prueba, introdujo sus garras en el muslo de su bienhechor. Se trataba de un muslo más bien rollizo. Largos años de trabajo sedentario habían servido para despojarlo de sus encantos juveniles. Era un muslo tirante y carnoso, no obstante, reaccionó al dolor. Hasta tal extremo, que la sensación de inquietud de Topper se trocó instantáneamente en una de suave reproche mientras dejaba caer suavemente a Ostras en el suelo.

Este leve desarreglo en la doméstica tranquilidad hizo que la señora Topper alzara la vista de su labor. Topper, al mirar por encima de la mesa, se encontró con la mirada de su esposa. Fue sólo un instante; enseguida la apartó, pero no supo por qué.

—Un bostezo —observó como si lo explicara—. Un bostezo y me ha arañado.

—Lo sé —se excusó la señora Topper, interpretando equivocadamente sus palabras como una acusación directa—. Lo he estado haciendo toda la tarde. Debe de haber sido la ternera.

Topper observó a su mujer mientras se quitaba las gafas de coser y las colocaba en su estuche. Con mirada absorta siguió sus movimientos al plegar la labor, envolverla en un pedazo de tela y depositarla en el cesto de costura. En ese instante una semidesesperación se reflejó en su semblante; luego fue desesperación total. No; no iba a haber cambios en la rutina vespertina: gafas, estuche, tela, cesto. Si sólo alterase el procedimiento, y por una vez olvidase las gafas, ya sería algo. Mientras tanto, la señora Topper, inconsciente de la tragedia, se levantó de su silla, se dirigió hacia donde su marido estaba sentado y rozó su frente con los labios. Entonces, haciendo referencia una vez más, con voz quejosa, a las insistentes cualidades de la ternera, abandonó la habitación.

Topper escuchó sus firmes pasos en la escalera. Un cierto crujir de la tarima le indicó que había acabado la ascensión. Por un momento divagó sobre la ternera con relación a su esposa, y entonces hizo algo desacostumbrado. En vez de vaciar la pipa y encerrar a la gata, cuya hermética naturaleza le había ocasionado, en anteriores ocasiones, alguna sorpresa pesada, recogió con delicadeza al animalito del suelo y se puso a estudiar un viejo atlas que había sacado de un oscuro estante.

–También me ha dado sueño –murmuró la señora Topper una hora más tarde, cuando su marido se instaló a su lado.

Y aquella noche, Topper soñó que comía ternera con salsa en Calcuta. Estaba rodeado de numerosas jóvenes que comían ternera en abundancia y ninguna se quejaba lo más mínimo. Era delicioso. Él se atracó.